

Günter Grass:

Querellas y silencio

Rosario Grimaldi

Recordemos uno de los episodios más recientes en la saga de las memorias del autor de *Pelando la cebolla*: en marzo de 2007 Günter Grass presentó el libro de poemas *Dummer August*.¹ El libro lleva el nombre de un personaje, el segundo payaso, el de la nariz roja, torpe y de aspecto ridículo: “el payaso Augusto” (*Dummer August*), como dicen los alemanes. El otro es el payaso blanco. Grass juega con la ambigüedad de la palabra *August*: es el nombre del mes agosto y el nombre propio. Precisamente, en agosto de 2006 se inició el escándalo en el que está envuelto; él se ve a sí mismo como el payaso de quienes lo acusan: “Hacer bromas, inventar gestos como cuando tenía catorce años. Ahora, al comparecer ante el tribunal de los justos, me siento igual de raro.”

A lo largo de la presentación del libro en la Feria de Leipzig, el escritor calificó al periodismo de degenerado y decadente. Grass lo acusa de haber desatado el debate en su contra, para hacerlo callar definitivamente. Ese mismo mes de agosto de 2006 y, como parte de la campaña de lanzamiento editorial de *Pelando la cebolla*, Grass habló en una entrevista de un hecho que contaba por primera vez en ese libro: durante su adolescencia había servido en las tropas de la Waffen-SS. De inmediato se publicó en el mismo periódico un artículo firmado por su coeditor, Frank Schirmacher, que reprobaba el silencio que el escritor había guardado celosamente durante más de 60 años. A los ojos del escritor ese artículo, que está en el origen de la torrencial polémica, no fue más que el inicio de una hábil maniobra de periodismo sensacionalista.

¹ Editorial Steidl, 2007.

Y es que Grass había sostenido, inclusive ante sus biógrafos, que su participación en la Segunda Guerra Mundial se había limitado a la de un simple ayudante de artillería en las filas de la Wehrmacht. Pero su silencio en relación con el servicio en las filas de la SS –dato que no deja de ser simbólico– desencadenó una cascada de críticas que a la fecha se pueden contar por miles, en comentarios sueltos, reseñas, entrevistas y boletines de agencias de prensa en los que han intervenido desde políticos y periodistas hasta los más diversos personajes de la vida cultural alemana, incluidas, desde luego, las escasas voces que se han manifestado comprensivas de tan extemporánea confesión.

En muchas y diversas ocasiones Grass había hablado de la época en que se sentía entusiasmado por la guerra, cuando estaba convencido de que Alemania saldría vencedora, y de que si se enroló como voluntario en la Marina era porque quería combatir desde un submarino. Ahora, en tan sólo dos páginas de las 483 que tiene su libro de memorias, alude al hecho hasta ahora desconocido de su biografía: un día de noviembre de 1944 Grass recibió la orden de reclutamiento para alistarse en la Waffen-SS. Aquello sólo duró tres meses, pues la guerra estaba a punto de terminar. Apenas tenía 17 años.

Creada para proteger a Hitler y a otros dirigentes del régimen nazi, la Waffen-SS fue la rama militar de la SS (*Schutzstaffel*: sección de protección). Era un grupo militarizado cuyos miembros debían ser originalmente voluntarios y pasar por una rigurosa selección. Debido a las numerosas bajas que sufría, a partir de 1943 ya no pudo seguir respetando esos criterios tan selectivos y en 1944 empezó a reclutar a miembros cada vez más jóvenes sin observar ninguna formalidad previa. En los Procesos de Núrenberg fue calificada de organización criminal. Entre los crímenes que se le atribuyen están el genocidio del pueblo Lidice, en Checoslovaquia, el de Oradour, en Francia, así como su participación en el exterminio de judíos en los diversos campos de concentración.

Günter Grass –nadie lo duda– no participó en los actos criminales de la SS y su reclutamiento fue obligatorio, pero que haya mentido o de que haya silenciado la verdad disfrazando su pasado a lo largo de más de 60 años, se percibe como una falta grave. Y, por otra parte, no deja de ser objeto de sospecha el hecho de que haya decidido confesar dicho pasado precisamente ahora, así como sus intentos de dar explicaciones que ni contribuyen al esclarecimiento de los

hechos ni dan información más pormenorizada y que, en última instancia, aparecen como vagas justificaciones.

Si Schirrmacher no armó el escándalo, al menos definió el sentido del debate. Su texto inicia con una imagen dramática: “No lo tatuaron, pero sí llevó el uniforme (de la SS).” Y añade más adelante: “Y él, el que en cuestiones de culpa histórica posiblemente fue quien mejor que nadie supo librar información, guardó silencio hasta ahora. El autor que quería soltarle la lengua a todos, el que transformó los temas de la ocultación y represión de la culpa de la vieja República Federal Alemana en el motivo de su vida, confiesa ahora su propio silencio; un silencio que, según afirma él, resultaba inevitable.”

Era fin de semana: la noticia empezó a llegar por radio y televisión; se repetía sin cesar: “Günter Grass, la conciencia moral de Alemania, ha confesado que perteneció a la SS, ¡después de haber mantenido en silencio este hecho durante más de 60 años!”

Y una vez más, las lenguas se soltaron. En casas, en bares, en cenas y en encuentros amistosos afloraron reflexiones y pensamientos sobre la historia personal que yo, luego de muchos años de vivir en Alemania, nunca había oído: las confesiones de los padres, las sospechas de los tíos y de qué habrían pensado y hecho quienes no vivieron aquellos tiempos, y de la culpa de Günter Grass, el moralista.

De inmediato, los efectos del escándalo se reflejaron en las ventas. La aparición del libro se adelantó. *Pelando la cebolla* fue el mayor acontecimiento de la literatura alemana en la Feria del Libro de Francfort. Todo el interés se concentraba en las dos páginas de su libro o, para decirlo con mayor precisión, en las cinco frases donde habla de su reclutamiento en la Waffen-SS, en sus réplicas a la crítica y sus respuestas a los ataques. ¿Sin el paso de este debate por los medios acaso se hubiera podido vender tantos libros como en los tiempos de *El tambor de hojalata* (1959), de *Años de perro* (1993), de *Mi siglo* (1999), de *A paso de cangrejo* (2002)? No es seguro. Hace tiempo que Grass empezó a tener un papel más bien simbólico y no tanto como figura activa y presente en la vida actual de su país.

Pelando la cebolla cuenta cómo el autor sufrió una dolorosa vergüenza nacida del hecho de que él nunca hizo preguntas, ni cuando su tío fue fusilado,

ni cuando desaparecieron un profesor y un compañero de la escuela –testigo de Jehová– que se negaba a empuñar las armas. Sus padres se adaptaron a los acontecimientos no sin cierto oportunismo, pero él, un muchacho inteligente y normalmente rebelde, nunca preguntó lo que había que preguntar. Esta vergüenza está en la raíz de su impulso creativo. En la entrevista con F. Schirmacher, Grass habla del silencio en relación con su paso por la Waffen-SS: “Mi silencio durante todas estas años es uno de los motivos por los cuales escribí este libro.” Y más tarde agregó: “Si no lo había dicho antes era porque tenía que encontrar la forma más apropiada para contarlo.”

En los despachos de prensa que se difundieron por todo el mundo, se dieron a conocer opiniones en pro y en contra de personajes de todo tipo. El silencio no fue aprobado ni por los escritores, críticos literarios e historiadores –como Klaus Theweleit, Karasek, Wolffsohn, Joachim Fest– ni por los políticos alemanes y polacos –el presidente del Bundestag Lammert, el expresidente Weizsäcker, la canciller Merkel, Lech Walesa–. Tampoco dio su aprobación el Consejo Central de los judíos alemanes. Sólo un puñado –compuesto por Martín Walser, Walter Jens, entre otros– lo entendió. Los análisis que aparecieron en los diarios de mayor importancia permiten discernir ciertos puntos sensibles que Grass perturbó con su confesión en una sociedad que ya ha conocido otros escándalos en relación con el pasado nazi. También revelan distintas percepciones de la presencia de Grass en la Alemania de hoy.

El silencio, percibido como una mentira de la mayor gravedad, ha afectado en primera instancia la credibilidad de Grass, pues ha pasado a ser un hombre a quien será imposible creer nada, un individuo en el que no se podrá confiar ni siquiera cuando ponga en venta su auto usado. Al mismo tiempo, su conducta incoherente con el pasado ha sido objeto de condena. Y es que durante muchos años Grass desempeñó el papel de una instancia moral suprema, capaz de absolver y de condenar a otros, cuando él mismo había estado hundido “en el pantano nazi”, igual que todos los demás (Joachim Fest en el *Bildzeitung*).

Se han empezado a exponer los argumentos que aspiran a esclarecer el origen de la conducta de Grass y de su generación; tanto los dedicados a criticar sus actos en el pasado como los que buscan comprender la reciente confesión. Así, por ejemplo, la tesis que explica que aquellos jóvenes que participaron en

la guerra como simples ayudantes de artillería, más tarde, en la posguerra, ejercieron un moralismo riguroso, impermeable a cualquier argumento, como si lo sostuviera un ilimitado narcisismo (Ulrich Greiner en *Die Zeit*). Como si fueran “renegados”, cambiaron de frente y en el nuevo, como antes en el contrario, quisieron seguir teniendo siempre la razón. Grass adoptó así el tono de denuncia característico de todas sus intervenciones políticas porque estaba plenamente convencido de encontrarse en el lado bueno. Y pese a que “el moralismo es apolítico en sí, Grass, anclado en la izquierda alemana, se formó una imagen de moralista incorruptible”. En realidad, concluye el citado Greiner, Grass se erigió en tribunal sólo para no ser juzgado y, para lograrlo, alzó la voz por encima de los demás.

A su vez, Gustav Seibt (*Süddeutsche Zeitung*) comprueba que Grass cuenta su participación en la Waffen-SS reduciendo su culpa al mínimo: él fue llamado a filas y se limitó a huir y a estar herido; no disparó ni un tiro. ¡Pero cuánto le costó revelar esta verdad! Los alemanes que nacieron a fines de los años veinte, y que en consecuencia sólo pudieron participar en el final de la guerra, ciertamente estuvieron en aquel abismo pero no tan profundamente como quienes habían nacido años antes –de ahí que alcanzaran a salvarse–. Sólo así se explica la fecundidad de esa generación que ha marcado la historia de Alemania hasta nuestros días. Quienes provienen de medios más bien conservadores –como Joachim Fest, Karl Flasch o el mismo Joseph Ratzinger– nunca han manifestado la misma inclinación a la condena moral que quienes, como Grass, tuvieron que elaborar más sus motivos para dar cuenta de la forma en que estuvieron involucrados personalmente en la guerra.

Por supuesto, esta discusión ha dado pie para reprochar a Grass su “estilo”. La confrontación con el pasado se transformó en el instrumento idóneo para la crítica mordaz, la polémica de alta tensión, el ataque devastador. Mejor que cualquiera, Grass supo dar el tono adecuado en este concierto, con su temperamento polémico, su gusto por las polarizaciones, su sentido de la provocación y *violenta verba* (Hermann Rudolf en *Der Tagesspiegel*). Observando con mirada crítica la acción de Grass como moralista a lo largo del tiempo, Rudolf también le reprocha haber hundido a Alemania en un dilema insuperable al haber transformado al Tercer Reich en su referencia negativa predilecta y haberlo conver-

tido, en cierto modo, en un monumento. La imagen de Alemania se redujo y la conciencia histórica se bloqueó.

Efectivamente, la intervención de los intelectuales –en especial del llamado grupo 47– que estaban a favor de la “purificación” de los vestigios nazis y de la lucha por evitar a toda costa la amnesia oportunista de la culpa no sólo tuvo aspectos positivos, pues contribuyó a la transformación de una idea de lo que era “políticamente correcto” que llegó a cristalizarse en un rígido caparazón, relleno de aire enrarecido. Cuando en 1979 Martín Walser, otro escritor célebre de esa generación, sostuvo que los alemanes de esos años ya no tenían ninguna relación con Auschwitz, fue objeto de duros ataques, en especial por parte de Grass. Pero Walser justifica ahora el silencio de éste: de haber confesado su culpa antes “ya no le hubiera quedado ninguna oportunidad de hablar con claridad a causa del consabido clima que priva en la República Federal Alemana”.

Hace ya mucho que empezó a decirse que Grass sólo era un vestigio del pasado, una figura obsoleta, un mero símbolo. Independientemente de la evolución del papel de Grass en su propia sociedad a lo largo del tiempo, existía el deseo de que dejara de dominar el escenario con su presencia. Y ahora, cuando Grass y su generación van poco a poco desapareciendo, Eva Menasse vuelve a tomar el tema de los “viejos intelectuales alemanes” (Walter, Fest, Giordanno, Loehst, Jens) que invariablemente creen que deben informarnos sobre el tema de siempre: Hitler y yo. “Empieza a ser tiempo de que este país –dice ella–, que dirige siempre la mirada hacia el propio ombligo, la vuelva hacia el mundo.” Estas discusiones, repetidas una y otra vez por los mismos protagonistas, no dejan lugar para las jóvenes generaciones, dice esta escritora austriaca, quien, por cierto, colaboró con Grass en las elecciones de 2005 (*Süddeutsche Zeitung*).

¿Quiénes son esos “viejos intelectuales” que han dominado la escena pública, los debates intelectuales y han influido en las cuestiones políticas y conflictos sociales de la Alemania de posguerra? Sus nombres se asocian frecuentemente al Grupo 47. Junto con los teóricos de la Escuela de Francfort, el Grupo 47 es considerado como uno de los padres de una Alemania espiritualmente renovada. En ese grupo tuvo lugar la entrada de Grass en la vida pública; allí se forjó un nombre y encontró la oportunidad de transformarse en

una celebridad literaria, “en unas cuantas horas, por así decir, de la noche a la mañana”, como dice Hans Werner Richter, el escritor que guió al grupo durante sus 20 años de existencia activa.

El Grupo 47 surgió de los escombros de la guerra; era una asociación informal, sin estatutos ni presidente, sin una lista fija de miembros. Nació en 1945, cuando algunos escritores y aficionados a la literatura que estaban en los campos norteamericanos de detenidos fundaron la revista *Der Ruf* (La llamada). Los norteamericanos prohibieron la revista después de que apareció el primer número. Si no podemos escribir, entonces hablaremos, decidieron. De esta suerte su nacimiento se acompañó de un singular método de trabajo. El grupo se reunía en diferentes lugares, algunos escritores leían sus textos, publicados o en preparación. Escritores, críticos literarios y editores criticaban el objeto de lectura; estaban excluidos los debates teóricos y no se autorizaba al autor responder a las críticas. Al final se concedía un premio al mejor trabajo.

Entre 1933 y 1945 la vida intelectual de Alemania fue destruida. Lo poco que quedaba de la literatura se escribía en el extranjero (Thomas Mann, Brecht). Al Grupo 47 lo unía la conciencia de que era necesario volver a crear la vida intelectual de Alemania, inventando una nueva literatura alemana que correspondiera a ese país que estaba viviendo un proceso de reconstrucción. Y, aunque durante largo tiempo las discusiones políticas estuvieron al margen de los debates del grupo, la importancia de sus escritores en los acontecimientos políticos del país fue una realidad. En las reuniones de este grupo participaron personalidades de la inteligencia de la posguerra, entre ellos Heinrich Böll (Premio Nobel 1992), Paul Celan, el editor Ernst Rowohlt, Hans M. Enzensberger, Martin Walser, la escritora austriaca Ingeborg Bachmann y Walter Jens.

En 1959, Grass leyó dos capítulos del libro que tenía en preparación, *El tambor de hojalata*; el grupo le otorgó el premio al mejor texto de ese encuentro. Mientras que el reconocimiento del Grupo 47 le confirió cierta legitimidad en el ámbito de la república de las letras, su presentación en la Feria del Libro de Francfort refrendó su renombre en el mundo. Las ventas de derechos de traducción a numerosas lenguas se multiplicaron, como efecto de los rumores que circulaban en la Feria y que Grass reproduce en *Mi siglo*: “Por fin llegó la literatura alemana de posguerra...” Grass tenía sólo 32 años.

Con *El tambor de hojalata*, Grass se propuso luchar contra la íntima resistencia de la sociedad alemana de la posguerra a elaborar la historia y la culpa, contra esa sociedad que deseaba vivir la bonanza económica de la era de Konrad Adenauer, que se identificaba con su derrota y se hundía en la auto-compasión. Una nueva literatura se había inaugurado con un autor molesto para sus contemporáneos.

Una mirada a las reacciones contrastadas que provocó la publicación de la obra maestra de Grass –conflictos que de una u otra manera se repitieron a partir de entonces– nos permite ver que su presencia siempre ha causado una gran agitación a su derredor. El debate actual no es ni el más intenso ni el más violento. A este respecto, Harro Zimmermann² cuenta que la publicación del libro creó un clima de confusión entre los críticos y de malestar en la sociedad bienpensante de aquella época; provocó alabanzas e indignación. Se elogiaba su calidad literaria al tiempo que se tachaba a su autor de escritor obsceno y se le acusaba de transformar la existencia en una caricatura repugnante, calificándolo de nihilista divertido, ayuno de moral y víctima de una colérica inteligencia.

La popularidad que rodeó a su autor se confirmó con un escándalo político-literario. Grass debía recibir el Premio del Consejo Municipal de la Ciudad de Bremen en 1959, pero el Senador de Cultura se opuso temeroso de una opinión pública tan poderosa como conservadora y que mantenía lazos fuertes con la religión. Los alemanes, en efecto, salían de una dictadura pagana: el nacional-socialismo. De ahí que la sociedad bienpensante de la posguerra hubiera adoptado la religión como una referencia moral.

El escándalo se armó con los defensores y detractores de Grass; en la prensa, pronto en la radio; luego por la televisión. Grass había entrado de lleno en las ruedas del engranaje de los medios masivos de comunicación, como un autor que escandaliza a los ciudadanos, que rompe con tradiciones y tabúes; un rebelde político-intelectual. Pasó de ser un personaje literario a un caso político, a la vista tanto de su pueblo como del mundo. Autor leído por muchos, rara vez complaciente, provocador. La fama de Grass se había extendido hasta constituir

² Harro Zimmermann, *Günter Grass unter den Deutschen*, Steidl, 2006. El autor ofrece una crónica detallada de los conflictos que han acompañado la vida de Grass hasta 2005.

un fenómeno nuevo en la sociedad de la posguerra. Con el éxito del escritor, el debate intelectual alemán perdió las fronteras que lo separaban del gran público y de los medios de comunicación que forman sus gustos y opiniones.³

La participación posterior de Grass en la escena de la política alemana (en especial, en las campañas para elecciones a favor del Partido Socialdemócrata Alemán, SPD), sus numerosas intervenciones en el debate público y la publicación de otros libros contribuyeron a aumentar su celebridad y su éxito mercantil; los conflictos se fueron transformando con el tiempo, según se daba la evolución de la sociedad alemana. La presencia de Grass también se transformó. Poco a poco empezó a ser más un representante que una presencia activa en los acontecimientos. Desde hace algunos años, su relación con los alemanes se había suavizado. Parecía que habían quedado atrás los escándalos, los días en que su inmenso éxito de ventas le valía que sus enemigos lo llamaran “el opio del pueblo”; la época en que su editor armaba las campañas publicitarias con la imagen del “fenómeno Grass, el autor que ha producido más escándalos literarios y políticos”. Grass era un símbolo.

Volvamos al presente. Con *Dummer August*, Grass ha revivido el debate que parecía haberse calmado. En este libro no sólo impugna a los medios de comunicación, también expone sus sentimientos heridos por los acontecimientos. En la Feria de Leipzig, Grass lee su libro, ataca al periodismo, el público lo aplaude (“¿Por qué hacen un escándalo? ¡Si sólo fueron tres meses!” Aplausos. Entre más injuria a sus atacantes, más aplaude el público. Se advierte en cada línea del libro que se siente ofendido, constatan los críticos literarios, que además dedicaron una muy mala acogida al poemario).

Quizá Ulrich Greiner tiene razón al advertir que no hay que temer por el futuro de Grass, porque él sabe pulsar las teclas que hacen funcionar a los medios de comunicación. Los grandes periódicos se han visto obligados a responder a sus acusaciones. Su editor, Steidl, mandó hacer un compendio con los numerosos artículos que han formado el debate (*Ein Buch, ein Bekenntnis*, un libro, una confesión).⁴ En el epílogo, el autor de la selección demuestra que el

³ *Idem.*

⁴ Selección y epílogo de Martin Kölbl, Steidl, 2007.

escándalo sólo es un fenómeno creado por los medios de comunicación masiva. En algunas salas de cine se exhibe el documental *Der Unbequeme – Der Dichter Günter Grass* (El poeta que incomoda, Günter Grass).⁵ Sea como sea, el actual conflicto demuestra que Grass es el único escritor alemán que ha logrado una y otra vez que la totalidad de los comentarios dedicados a la cultura se ocupen de él y sólo de él.

Seguramente este episodio de su vida tendrá consecuencias irreversibles. Las instituciones de la vida pública alemana y mundial no se permitirán pasar por alto el hecho de que el personaje Grass ahora evoca un pasado altamente simbólico en su relación con el nacionalsocialismo. Todas sus intervenciones futuras pasarán por el filtro de la acusación o de la voluntad de comprensión. Y en esto se pondrá a prueba, una vez más, su destreza para moverse en el escenario.

Lo que es indiscutible es que, en su condición de individuo perteneciente a una comunidad, la sociedad alemana, Grass ha cometido una grave falta. Ocultar la verdad, disfrazarla, guardar un largo silencio es atentar contra un axioma primordial de esa sociedad imbuida de un estricto espíritu protestante. Cuando con cierta ironía Grass decía que lo que él tenía en común con su amigo, el ex canciller Gerhard Schröder, era que ninguno de los dos se teñía las canas, apuntaba al hecho de que ambos eran sinceros y, por ende, su credibilidad era intachable.⁶

Grass es uno más en la lista de escritores y pensadores que desatan la crítica porque han ocultado alguna parte sombría de su pasado nazi. Pero su caso es singular, pues es cuestionado en su condición de figura representativa de Alemania. Promoviendo la creencia en la catarsis purificadora de la confesión de la culpa, como una forma de superación del pasado, quiso transformar la Alemania democrática con sus obras, al menos de manera indirecta, y tomó parte en la arena pragmática de la política, echando mano de la fuerza de su palabra y de su prestigio.

Hasta ahora, Grass ha encarnado al moralista, a la conciencia moral de Alemania, al representante de la izquierda alemana, al poeta de la nación. Los

⁵ De Nadja Franz y Sigrun Matthiesen, 2007.

⁶ Schröder había iniciado un proceso contra una periodista de una agencia noticiosa que afirmó que él se teñía las canas. No quiso permitir que se pusiera en juego su credibilidad.

alemanes saben que en el plano internacional, Grass también es el símbolo de una Alemania mejor. Pero ya han aparecido los primeros indicios de que las distintas facetas del símbolo son susceptibles de cuestionamientos.⁷ En el transcurso del actual debate no se ha puesto en duda su calidad literaria, sino la integridad del personaje público que se reconocía como símbolo. Seguramente, con el tiempo, el presente conflicto despertará nuevas reflexiones, porque Grass ha sido sin duda un fenómeno original.

¿Günter Grass llega a sus 80 años como el héroe que en el último acto de la tragedia confiesa su culpa y es castigado? o bien ¿como una celebridad que decidió dar rienda suelta a los vientos y ahora se encuentra bajo la tormenta que él mismo desató? ❧

⁷ “¿Fue Grass alguna vez una instancia moral?” (*Leipziger Volkszeitung*). “Con lo que hizo, ya no puede ser el poeta de la nación” (*Welt am Sonntag*). “¿Grass es Alemania? No. Grass era Alemania” (*Süddeutsche Zeitung*).